

Un viaje en primavera // Ein Frühlingreise

“E yendo con éstos, pasamos un gran río, que venía del norte; y pasamos unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que venía a recebirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.”

“Naufragios y Comentarios “ A. N. Cabeza de Vaca (s.XVI)

25 de Mayo - 2007

Punto de encuentro : Pamplona

Lugar de partida : Roncesvalles

Todos los achaques propios del que no se ha movido de su casa en mucho tiempo, me aparecen de repente, nada más bajarme del autobús que me ha traído hasta Pamplona, en donde he quedado con dos mártires más que también han decidido hacer el Camino de Santiago. Vieja sangre, "cristianos viejos", amigos; doce, catorce inviernos habrán pasado desde la última vez que caminamos juntos. Que auténticos; ahora sólo nos queda demostrar lo preparados que estamos para el sacrificio.

Un taxi nos lleva desde Pamplona hasta Roncesvalles, a un lado y a otro de la carretera los primeros robles y los primeros pueblos con nombres vascos, Zabaldica, Zuriáin, también los primeros hayedos coronando el monte Echalaga, y en el alto de Mezquiriz la niebla que baja majestuosa hasta el valle de Erro. En las laderas de las colinas, caseríos donde hay plantadas mimosas; me las imagino en febrero, en plena floración y el encuentro fragante con jóvenes pastoras, cuyos brazos estuviesen atareados durante toda una mañana de sol alrededor de sus frágiles flores. Sería un sacrilegio encontrar bajo sus ramas un zulo de ETA.

Parada y fonda; la colegiata de Roncesvalles se haya a la vista, se han encendido las farolas de la calle que poco a poco van quedado envueltas por una espesa niebla que baja del puerto de Ibañeta. Miedo a la noche oscura, buscamos el refugio de peregrinos, en el camino empedrado que nos lleva hasta él el espino blanco está en flor, no nos detenemos, no queremos que nos sorprenda la noche como se vieron sorprendidos aquellos guerreros francos de la "Chanson de Roland". Por la enorme puerta del albergue sale un rayo de luz que ilumina el empedrado y el cloqueo de cien gallinas que se dispusiesen a dormir. Hay un penetrante olor a jabón de baño y a ropa recién lavada. Nada más entrar, doscientos ojos que nos miran. El zorro debió de quedarse en la puerta. Voll, completo, nos dicen los hospitaleros. Ich kann es nicht glauben, no puedo creer que no haya un rinconcito para estos tres pobres peregrinos españoles. Encontraron un sitio. Sentimos el mordisco húmedo de la noche mientras caminamos a nuestro refugio para autoridades. En la pared un recorte del Diario de Navarra del mes de febrero, donde comentan la muerte de un peregrinos ingles al que sorprendió la nieve y la noche en el alto de Elizarra.

Extendemos los sacos de dormir sobre las literas, el silencio es casi absoluto, el más pequeño de los tres peregrinos se ha metido en la cama y se ha calado un gorro de lana hasta taparse las orejas, ha decidido irse a la cama sin comer. ¿La aventura ha tocado a su fin; la conciencia de peregrinos ha expirado; nuestros cantos a la juventud se han desvanecido?

La guía recomienda tomar sopa de ajo en Casa Sabina; para allá vamos los dos más viejos... El vino de la casa tan poco estaba mal.

Roncesvalles – Zubiri

Etapa nº 1

El peregrino ha estado encendiendo la linterna una y otra vez para ver la hora en su reloj, así desde las cinco de la mañana, hasta que ha decidido darse una ducha. Ha doblado su petate por tres veces, mientras los otros caminantes iban abriendo los ojos y con una sonrisa ante lo desconocido, se han incorporado asegurando que habían dormido bien. Desde el ventanuco del baño se ve correr el agua de la lluvia sobre los tejados de pizarra. ¿Qué va a ser de nosotros?

De repente, nada más pisar la calle, la luz del día que abría la niebla. Tras despedirnos de aquel refugio al que habíamos tomado cariño queriendo volver a entrar en él, saludamos a un grupo de peregrinos, que con un buen equipo de protección contra las inclemencias del tiempo, nos desean por primera vez: ¡Buen Camino! Como distraídos buscamos una flecha amarilla que nos indique el camino a seguir, mientras observo por primera vez las botas de mis compañeros y los arreos con los que estamos dispuesto a hacer la travesía; fue en ese momento cuando un rayo de luz entre las nubes me dejó ver que estábamos en lo más alto de la pirámide dedicada a los mártires del Camino.

A mano derecha un bosque de robles, hayas, arces, avellanos, acebos y una placa de los Amigos del Camino recordando que en ese mismo lugar, Hiroshige, japonés de 54 años murió fulminado por un rayo. Mientras tanto cantan los ruiseñores; no nos abandonarán en todo el camino. Un buen desayuno en Burguete antes de bajar por un sinuoso barranco que nos llevará a atravesar una y otra vez portillos y alambradas que separan unos prados de otros hasta hacernos creer que andábamos perdidos. Lluve en el alto de Mezquiriz y guardamos silencio. En Viscarret el más pequeño de los tres compra una naranja por la que le cobran 1,20 €; ya nos advierten en el “Liber peregrinationis” (siglo XII), de los abusos a los que son sometidos los peregrinos por estas tierras. Por Linzoán una rampa interminable y pedregosa nos enseña lo que es de verdad el sufrimiento, y es allí, en ese lugar que se conoce como “Pasos de Roldan”, en donde vemos como se pierde cojeando, sin decir palabra alguna, el mayor de los tres caminante, al que le habíamos comprado un impermeable para que pudiese tirar aquel plástico que llevaba liado a la cabeza y que a duras penas le tapaba la mochila.

Todavía estábamos a tiempo de coger el autobús de la tarde a Pamplona cuando llegamos a Zubiri, han sido siete horas de camino. ¿Eran piedras dentro de las botas o los hueso rotos los que no nos dejaba dar un paso más? Hasta que junto al puente medieval sobre el río Arga, vimos al hermano mayor, al que habíamos perdido de vista, que nos estaba esperando; esto nos animó. Éramos gente de paz. Hasta hacía pocos años era obligatorio que todas las bestias de la comarca pasasen por ese puente para librarlas de la rabia, a ese tribunal implícito nos sometimos, sintiéndonos como perros rabiosos llenos de risas ante tanto dolor de huesos como llevamos encima.

Han apagado la mayoría de las luces del albergue, alemanes, holandeses y españoles (los menos) se han hundido en sus sacos de dormir. El cordón sanitario del puente sobre el río Arga hoy no debió de funcionar, hay peregrinos que de repente se han puesto a roncar como animales rabiosos y en la litera de al lado tengo un alemán del tamaño de un oso que ronca y sopla a la vez... Que noche, Señor, que noche nos espera.

***** 26.05.07

Zubiri – Trinidad de Arre

Etapa nº 2

La maquinilla del café expreso del albergue no funcionaba. No había en todo el pueblo de Zubiri ni en los contornos un bar o una panadería abierta donde poder tomar café o comprar una torta de aceite. En las calles ni un alma, así hasta Larrasoaña a seis kilómetros, donde sólo una fuente de agua clara nos estaba esperando para darnos la bienvenida.

Era domingo Señor, tu fiesta de guardar; pobres de nosotros pecadores:

Nos hallábamos dentro de uno de esos bosques donde el sol no tiene acceso, pero en los que cuando llueve te calas hasta los huesos. Aquel lugar sólo tenía permiso de existencia porque estaba lejos de todo. Los huertos y otras servidumbres de las caseríos que nos íbamos encontrando estaban abandonados. La senda no paraba de subir entre arces, nogales, abetos y otras especies de árboles, hasta que a lo lejos vimos unas casas de piedra muy viejas que tenían trescientos años, así rezaba en las vigas de sus puertas; tenía también el nombre de sus dueños escritos de bajo de las ventanas más cercanas al tejado. Entre las dos casas, un nogal y una gran losa que formaba parte de una pared de piedras llena de culantrillos de pozo y toda clase de musgos, de donde salía una tubería de plomo agujereada que soltaba con fuerza un chorro de agua que llenaba hasta rebosar un pilón donde las vacas y otros animales debían de venir a beber, por la cantidad de boñigas y pisadas que había a su alrededor. Estábamos a punto de llamar a una de las puertas, cuando unos ciclistas que nos habían adelantado lo hicieron, apareciendo al instante un hombrecillo de cara arrugada y grandes orejas que nos saludo a todos, invitándonos entre risas a que bebiésemos agua de la fuente, ya que no íbamos a encontrar otra mejor en todo el camino. Los ciclistas llenaron sus cantimploras y desaparecieron tan rápidos como habían venido. Una descomunal y lustrosa babosa se fue detrás de ellos. “¿Qué no habéis comido nada en toda la mañana? No preocuparos, un poco más adelante tienen por costumbre salir a los claros del bosque algunas mujeres con bandejas y les ofrecen a los peregrinos café y magdalenas.” Calándose la boina y entre risas nos señaló por donde teníamos que seguir. Un par de mirlos hacían su ronda por la hojarasca en busca de una lombriz que llevarse a la boca y las violetas silvestres asomaban su color azul celeste entre los matorrales; estábamos en primavera. Allí comenzaba descenso por el barranco de Arrakala que nos llevaría a cruzar de nuevo el río Arga. “Cuando a una buena cagada de vaca le da el sol levantándole el rocío, las moscas son las primeras en venir, y si estás atento, te darás cuenta que tienen su propia melodía”. Perdida la cuenta de lo que llevábamos andado y la esperanza en que apareciesen las buenas samaritanas con sus bandejas de café y magdalenas, nos dio por hablar de otras cosas. Un camino que serpentea entre árboles, tres peregrinos, el golpe seco de un trueno y el diluvio. Lluve tanto que el camino desaparece y sólo vemos nuestras botas llenas de barro. Finalmente el bosque se fue abriendo, lentamente, hasta llegar a una carretera. Otro estampido ensordecedor y un demoledor aguacero... Y luego en medio de la lluvia, una aparición: un gato en las peores condiciones que uno pueda imaginarse. ¿Qué pecados habría cometido este peregrino en su otra vida para verse en tan mal estado? A duras penas se ha librado de los perros o de los coches de la carretera y ahora ha decidido acompañarnos hasta el puente sobre el río Ulzama en Trinidad de

Arre; pero algo debió de maullarle el gato al menor de los peregrinos, que oímos como éste le decía: “Que no, que yo tampoco he nacido para sufrir tanto”.

Sacrificar el imperio del mundo por un lugar donde secar la ropa y las penas. No nos hizo falta, unos hermanos maristas, medio cordobeses, nos dieron posada en su cómodo y bonito albergue junto a la iglesia románica de Arre. Que paz, después de una jornada, en donde tres de cada cinco pasos que dimos fueron en olor de santidad. Hasta seguir el vuelo de un moscardón nos parecía en esos momentos una empresa sobre humana.

Son los mártires con agujetas los que mejor saben sacar partido de sus males: los peregrinos más viejos encontraron un lugar donde comer y beber un buen vino de Navarra; mientras tanto, el menor encontró su lugar de recogimiento en compañía del gato.

Fue a la mañana siguiente cuando encontramos esta nota de despedida :

“A duras penas pude librarme de los perros y a duras penas pude llegar hasta el bosque donde me encontrasteis. Desde hace meses, tal vez años, que no me he movido de ese lugar, jamás me he atrevido atravesar el puente y continuar el Camino. Nada más pensarlo se me erizan los pelos del lomo.”

Firmado, El Gato

27 de Mayo-2007

Trinidad de Arre – Pamplona – Uterga

Etapa nº 3

Esperó hasta el último minuto para decirnos: “Esta noche si Dios quiere dormiré en mi cama.” Todo el día de ayer fue lluvioso, pero a veces, entre tanto aguacero, cuesta creer que la lluvia de primavera haga crecer la hierba y florecer los manzanos.

Dicen que hay despedidas que se quedan en el rabillo del ojo, que no terminan de irse, que cada vez que cierras los ojos las estás viendo: en Villaba, en la parada del autobús que lo llevaría a Pamplona y de allí a su casa, está el menor de los peregrinos diciéndonos adiós mientras sube al “coche correo”; ves que su mochila no tiene hoy el orden que otros días, te recuerda a Chaplin de soldado en la gran guerra de 1914.

En las calles de Pamplona, de buena mañana, hay un resplandor de bronce viejo; macizos de flores e hileras de castaños al cruzar el parque de la Tejera y un largo ruido que sale de los aleros de los tejados de la Catedral, son bandadas de aviones comunes que se pierden volando en el azul limpio del cielo. En cinco días tendremos elecciones municipales y autonómicas, en la Plaza Mayor, Batasuna y compañía (PCTV) han pegado su propaganda, las mujeres que aparecen en los carteles tienen el rostro serio y bien afeitado. En la panadería donde compramos unas ensaimadas, una joven dependienta sudamericana acomoda una flor en su pelo. Dejamos atrás Pamplona; aún no es mediodía y ya hemos llegado al bonito pueblo de Cizur Menor. ¿Continuamos? Nos espera una dura ascensión al Alto del Perdón. Un soto de fresnos de gruesos troncos cercan unas charcas que hay en el pueblo de Guenduláin, el “vitt-vitt-chivit-chivit” de un grupo numeroso de golondrinas que buscan barro con que hacer sus nidos y esa voz suave, casi de verano, que tienen los días soleados de finales de mayo, nos anima a continuar. Un grupo de peregrinos alemanes sudando la gota gorda. Antes de alcanzar la cima, en los últimos repechos, miramos hacia Pamplona, desde esa altura divisamos por última vez los Pirineos y los trigales del valle de Valdizarbe, donde el viento que va y viene parece busca algo. También los pájaros, el triguero de canto airoso que remolinea sobre las copas del espino majuelo, el carbonero común y el herrerillo capuchino con su pequeña cabeza azul y blanca que se pierden entre las aulagas que invaden el camino poco antes de llegar a la cima, donde modernos molinos de viento, fabricantes de energías alternativas, nos dan la bienvenida.

Parada obligada junto al monumento al los peregrinos. El “pit-pit” del teléfono móvil: el peregrino menor ha olvidado su documentación y el dinero en Arre, cuando llegó habían desaparecido. Las ofrendas en el Alto del Perdón son tiras de papel o montoncitos de piedras; añadimos tres montoncitos más; a la larga, todas estas ofrendas, dependen del cambiante ánimo de los dioses. Descenso por un terreno pedregoso que parece no terminar nunca... Y así llegamos a Uterga.

Parada y fonda. Uno de los alemanes que sudaban la gota gorda y que tiene un ojo perdido, va con una botella de vino, un chardonne de la tierra, alza su copa y brinda en italiano : “!Confusa acqua ;” *** 28.05.07.**

Uterga-Puente la Reina- Lorca

Etapa nº 4

En los albergues del Camino se puede captar la esencia de los países –más aún que la de los peregrinos- por las formas de prepararse para dormir . La manera de colocar la mochila, extender el sacó de dormir, de desnudarse o de vestirse, de guardar silencio. Esos movimientos nos desvelan su carácter. Desde arriba de una litera, en el albergue de Uterga, mirando a los alemanes, canadienses, coreanos, franceses, noruegos y españoles que íbamos a pasar la noche bajo un mismo techo, se llega a tener la impresión de estar en otra parte o mejor dicho, en muchas otras partes a la vez. ¿Y en las duchas colectivas? Para pasar inadvertido en ellas, es preciso estar desnudo. Cuando hablan en voz baja o escriben en sus diarios la jornada que terminan de hacer, es como si no hubiese en esos momentos otro mundo fuera de allí, sino una especie de calor abstracto, heterogéneo al tiempo y próximo al presentimiento paradisíaco que debieron sentir los habitantes del arca de Noé durante los días que duró el diluvio universal.

Hoy no va a llover. Apenas despunta el sol y ya hemos perdido de vista los caserones del pueblo donde hemos pasado la noche. Poco a poco nos vamos sumergiendo en la intimidad del camino, volvemos al esfuerzo de caminar. Los efectos de la ilusión de un café con leche van creciendo nada más divisar la torre de la iglesia de Obanos. Por aquí cerca, en Arnotegui, estuvo de eremita Guillermo de Aquitania, pariente de Carlomagno; en la iglesia de Obanos está su cabeza, el resto del cuerpo en la ermita de san Guillermo en Fisterra, Galicia. En los vivos está el recordar a los santos difuntos y una estatua de hierro nos recuerda a los supervivientes del Camino que en ese punto confluyen los caminos de Roncesvalles y de Somport, que aquí se unen para entrar en Puente la Reina convertido en uno hasta Santiago de Compostela. Allá vamos. Atravesamos el puente medieval sobre el río Arga, dicen que es el más hermoso del Camino. El puente de seis ojos se hizo para el paso de personas y animales, en sus mejores tiempos por él pululó la alegría; muy cerca, un pobre y desgraciado pariente por donde circula una riada de ruidosas sombras. Obituarios en los cristales de las tiendas de comestibles, zapaterías y bares, es la foto de una mujer joven la que se repite : “Funeral esta tarde en la iglesia de Santiago el Mayor.” Una flecha amarilla pone de momento en manos de los peregrinos el evitar perderse. Una iglesia corona el cerro en que se asienta Cirauqui, voces de niños en una escuela y la iglesia de Santa Catalina de Alejandría (S.XII), un puente romano con su calzada. Sobre el puente noticias desde Madrid: el peregrinito llegó a casa en buen estado. El asombro verde de las primeras viñas y la tranquilizadora silueta de un campanario. Hemos llegado a Lorca, casas deshabitadas y en sus puertas rosales y algunos tiestos de hierbabuena que sin duda alguna han dado alguna vez olor y sabor a una sopa de menudillos de pollo con fideos y huevo duro.

Parada y fonda en Lorca, en un antiguo lagar que llaman “El Molino”. Los 120 kilos del mesonero y el bullicio de las golondrinas dan al lugar dignidad y alegría. “Castillo de Monjardín, gut, sehr gut.” Bueno, muy bueno, allí estaba otra vez, el alemán del ojo extraviado, con su botella en la mano. Después de alegrarnos con el vino, llegamos a la conclusión, de que en el Camino lo importante es estar, no avanzar y que en la vida mucho tiene que ser juego para poder soportarla. *** 29.05.08.**

Lorca-Estella-Villamayor de Monjardín

Etapa nº 5

al peregrino Ramón

Por suerte tenemos un día claro, atrás quedó Estella y en la garganta el sabor del vino joven de Irache, un bosquecillo de robles salpicado de pinos y a lo lejos vemos como emerge entre viñedos el monte Luquín con su castillo de San Esteban, que a mediodía brilla como el caparazón de una tortuga. Pasamos el pueblo de Azqueta donde el viento se desliza por campos de amapolas, donde una y otra vez el sol aparece entre nubes con toda la fuerza del mes de mayo; bajo la ropa que hay tendida al sol crecen rosales de rosas rojas.

Colgado de un árbol que mueven los vientos se anuncia la apertura de un nuevo albergue en los Arcos, para abril del 2002; eso fue hace cinco años. Como pasa el tiempo. ¿Lo qué siento? : Yo mismo entregado al paso de las estaciones bajo ese árbol, como el viejo reclamo a la sombra sola del olvido.

¿Dónde encontrarse? Fuente de los Moros, desde el siglo XIII dando de beber al peregrino sediento. Un perrito alemán que movía alegremente su cola nos acompañó mientras bajábamos los escalones que nos acercaban al manantial, allí nos mojamos las manos para entrar puros en el templo, el “peregrino” tomó su primer baño del verano, “schön”, “que delicia” dijeron sus dueños tedescos, mientras immortalizaban el momento en formato digital.

Albergue “Hogar de Monjardín”, que nombre más acogedor. Una pareja de emigrantes peruanas que horas antes habíamos saludado en un campo plantado de espárragos, terminan de bajarse de una furgoneta, llevan medias de llamativos colores, sus risas contra el muro al vernos subir las empinadas calles del pueblo muertos de cansancio. Se agradece la ducha del albergue y la amabilidad del matrimonio francés que ejercen felices de hospitaleros. Amenaza tormenta una tarde más: “Là où nous sommes, il n’y a pas de crainte urgente”, donde nosotros estamos –dijo la mujer, una Catherine Deneuve del Camino-, no hay temores urgentes. Y así fue. La lluvia, una tarde más, incendió de verde los viñedos. Al contarnos: 3 alemanes, 1 suizo-francés, 1 noruego, una trotamundos australiana, una japonesa que se perdió durante la noche y 2 españoles eternamente agradecidos.

Escrito en la pared, leo : “No viniste ayer y no pude dormir”. Un secreto, un único secreto en cada albergue.

// Miércoles 30 de Mayo-2007 – //

Villamayor de Monjardín – Torres del Río

Etapa nº 6

Dormimos bien y debimos olvidarlo todo, al menos durante algunas horas, tuvo que ser por eso que no vimos la flecha amarilla que señalaba el camino correcto y como cabras que terminaran de salir del corral nos tiramos al monte en compañía de la mitad de la “diversidad peregrina” con la que habíamos pasado la noche en el albergue “Hogar de Monjardín”: Caminábamos entre viñedos y terrenos desbrozados donde habían plantado olivos, una meseta con encinas jóvenes, lentiscos, adelfas, charcas y el croar de cientos de ranas que daban la bienvenida a los primeros rayos de sol. Una joven en bicicleta, un peregrino desconocido al que persiguiera el diablo y tres jóvenes alegres (alemana, suizo, noruego) ligeros de equipaje, nos adelantan. No íbamos a tirar por otro lado, y allá que fuimos detrás de ellos, la montaña que se alza entre peñascos nos esperaba. La subida parecía no tener fin, el sol calentaba lo suyo y fuimos quitándonos ropa; a todas luces era una mañana donde al Camino le faltaba público. El primero en regresar diciendo no con la cabeza fue la chica de la bicicleta, luego el peregrino-escopeta y los tres jóvenes que venían comiéndose unas naranjas. Nos vieron y pararon, nos ofrecen unos gajos de naranja, ahora dicen que más allá de donde alcanza la vista está la dirección correcta; se despiden y nos dan ánimos. A partir de aquí 12 kilómetros que no contamos y 18 más entre viñedos, olivos, cereales y a lo lejos la nacional 111 con sus camiones. Un cerro al que llaman de “Las Cruces” como en mi pueblo, cerca de él hubo un poblado y un hospital para romeros enfermos. Llegamos a Los Arcos, población de antigua tradición caminera; como aún no hemos terminado de poner las cosas en orden, decidimos pasar de largo.

No hay tormentas de arena, pero cuando llegas a Sansol, con sus casonas de piedra arenisca desechas por las lluvias y el mal tiempo, crees que has llegado a Comala, el pueblo de Pedro Páramo; en otros tiempos el pueblo tuvo que tener hasta obispo por la cantidad de campanas que tienen sus torres, hoy nos ha costado trabajo encontrar a uno de sus vecinos. Una carretera lo separa de Torres del Río; como no logramos dar un paso más, decidimos terminar por hoy. Llamamos a la puerta de la señora Neli y nos abre la cantinera de un batallón de húsares, que sin quitarse el cigarrillo de la boca, dice mirándonos fijamente : “¡ Coño, de dónde sale tanta gente hoy!”

La frescura del viento que anuncia la tarde, trae también olor a azafrán y a comida casera. La guardesa de la Iglesia del Santo Sepulcro (s.XI), función que cumplen entre tres vecinas, nos señala la forma octogonal de su iglesia, las altas columnas con sus capiteles y la cúpula de crucería que nos recuerda al “mihrab” de la Mezquita de Córdoba. Nos señala también a unos murciélagos que duermen en un rincón, a los que les tiene pánico; le preguntamos si esos peludos y negros pajarillos no serán las almas de los caballeros templarios que mandaron construir aquella iglesia, ella no lo cree, pero por si acaso tiene a mano una buena escoba por si alguno decide bajar.

El albergue está al completo: “Con el dinero que ahorre –nos dice Neli-, este año me voy a poner una dentadura nueva”. Sentados en el patio de la casa, catorce personas compartimos unos deliciosos espaguetis a la carbonara, hechos por unas amazonas italianas “cosí prudenti”, que en los postres, nos advierten sobre el “grido”, los ronquidos de una de ellas, de “la mamma”, la que nos anima a todos a olvidarnos y a seguir comiendo.***** 31.05.07

Torres del Río - Viana

Etapa nº 7

Como prometió, nos despertó a todos subido a la terraza y lanzado a los cuatro vientos un impresionante “kikirikií” que han alborotado el gallinero de “Casa Neli”. Era un gallo austriaco que hace el camino en bicicleta, ayer su cena consistió en un enorme plato de puré de patatas y tres latas de sardinas en aceite, todo mezclado; un auténtico gallo del Tirol.

Estamos en junio, las mañanas aún son frescas y los que cantan son pájaros de verdad. Un pinar y el viento que nos acompaña hasta la ermita de Nuestra Señora de Poyo, hollín y desamparo en los recipientes para las basuras, son avisos que dejaron los vivos. Ahora volvemos otra vez al campo donde nos dan la bienvenida las viñas e hileras de chopos que alegran el camino que desciende por un largo barranco conocido como el de Mataburros. ¿Cuántos pellejos con vinos de la vecina Rioja cayeron por estas cuestas rodando? Alabemos aquellos tiempos de arrieros por que fueron duros e incluyamos también a estos dos peregrinos y hagamos memoria de sus hechos.

Según van pasando las horas y los días nos hemos ido incorporando al ritmo de los que caminan y ya somos nosotros los que les deseamos “¡Buen Camino!” a los que por suerte vamos adelantando. En los arroyos que cruzamos cantan los ruiseñores; no nos han dejado ni un solo día desde que salimos de Roncesvalles. Chopos y algunos pinos sueltos son ahora las lindes de los trigales, en un amplio llano donde vemos aparecer en un alto la ciudad de Viana con sus murallas, y más allá perdida en la neblina que se desprende del río Ebro, la ciudad de Logroño, punto final en nuestro peregrinaje a Santiago; hoy pasaremos el día en Viana, mañana será otro día.

Los años han ido cambiando el paisaje que se ve desde el mirador, en frente mismo tenemos la fábrica de galletas “Marabú”, nos giramos y vemos los tejados de la iglesia de Santa María; para allá vamos. Suenan nuestras pisadas en las losas de la calle, olor a orín de perro y a algo rancio que no acabamos de identificar. Hemos venido a ver al Duque de Romaña, Señor de Urbino y lo encontramos en la puerta, no le dejaron entrar en ese santo lugar; pobre Cesar Borgia que mal te pagaron, tu que eras hijo de Alejandro VI, Pontífice de Roma. Los peregrinos que pasan por la Calle Mayor, te ignora y pisan el mármol de tu tumba que está a la entrada de la iglesia; como echaras de menos la música y las risas de las fiestas romanas. Junto al albergue hay una exposición sobre los Borgia, en un relicario que te perteneció, hemos visto un mechón rubio de tu hermana Lucrecia. Con el tiempo que llevas esperando poder entrar, habrás aprendido que sólo Dios escucha nuestras plegarias y que es Él quien decide por nosotros.

Y me paso a la noche. Las observo desde la litera, son enigmáticas, hablan en secreto, son beneficiosas, trabajan de una forma sorprendente, le dan alegría y luz al Camino, hoy en este albergue también son mayoría: las mujeres. Tres amigas francesas, la más joven termina de cumplir 67 años, tienen una salud que parece venirle de otra parte, de otra naturaleza, encarnan otro sentido de la vida... Me paso a la noche para dormir un poco.

1 de Junio del 2007

Viana - Logroño

Etapa donde la aventura termina

“Este albergue estará abierto todos los días del año.” También nos dicen sin decirlo que es hora de levantarse; nada más encender la luz, las tres amigas francesas nos desean a todos un “bonjour” entre risas. Una joven madre y su hija con blancas y delgadas manos pliegan sus sacos de dormir, unas ligeras manta orientales que colocan sobre sus mochilas, son de Corea del Sur; las observé anoche mientras hablaban, sus gestos mientras se daban masajes en los pies la una a la otra –la delicadeza de la madre con la hija-, sus movimientos, la fragilidad de ambas me recordaron a esos breves poemas japoneses llamados haikú: “He perdido el camino; pregunto a mi sombra: ¿a dónde voy?”

Perdidos no estamos del todo, a lo lejos aún podemos ver algunas luces de Logroño que no se han apagado y la N-111 con sus camiones. En los primeros kilómetros nadie habla, vamos caminando entre pequeños huertos familiares, todos se parecen; un viejo somier amarrado al tronco de una higuera sirve de puerta a uno de ellos. Que hermoso resulta descubrir, mientras amanece, hileras de cebollas, ajos tiernos y ristras de “cedés” de la última declaración de la renta sirviendo de espantapájaros a las ciruelas claudias y a los higos. Alcanzamos la ermita de la Trinidad de las Cuevas (s.XVII) con sus paredes encaladas y el arroyo Hormazuelas que va camino de la laguna de las Cañas por donde en un par de horas tendremos que pasar. Un cartel con la fauna de las lagunas: ánades reales, garcetas, cigüeñas, andarríos y el temido aguilucho lagunero. Sólo vimos a unos pajarillos batiendo sus alas y que no aparecían en las fotos, un par de “cernícalos vulgares”, tan vulgares, que a mí particularmente siempre me han caído bien. Un viñedo salpicado de olivos, un desguace de coches donde cuatro o cinco famélicos perros encadenados a las carrocerías ladran a todo aquel que pasa; me había olvidado de la España negra, que lo mismo te la encuentras en el sur pobre que en el norte rico. Dos perros sueltos nos acompañan, pasamos por la humilde casa de Felisa, toda una leyenda, una placa de los “Amigos del Camino” la recuerdan, fueron ochenta años prestando servicio a los peregrinos; le he pedido a su hija que me sellara la credencial de peregrino con el viejo sello de caucho que usaba su madre. Más allá la ciudad de Logroño, pero antes tenemos que cruzar el río Ebro; que alegría de aguas.

Después de una buena ducha en un lujoso albergue –se nota que estamos en una comunidad rica-, contemplamos despacio la iglesia de Santiago el Real y en la Rúa Vieja la fuente de los Peregrinos donde unas palomas beben y se acicalan las plumas. Es hora de comer algo, por el casco viejo de la ciudad flotan los olores de las tapas y los pinchos de sus bares; damos con un restaurante donde la mayoría de los comensales son jubilados, las famosas verduras riojanas, atinadas en sabor y olor y un entrecot en su punto con el vino de la casa nos levantan el ánimo. En la sobremesa sin prisas, charlamos como si ya no tuviéramos nada que hacer; la aventura había terminado.

La impresión mientras caminábamos buscando la estación de autobuses, era que los peregrinos con los que nos cruzábamos se volvían grises, algunos sin color apenas, hasta que los perdíamos de vista. Cuando no vas con ellos se ignora por qué caminan, como también se ignora adónde van; para saberlo tienes que estar con ellos y andar por ese otro lado del viejo espacio que llaman el Camino de Santiago.

***** 02 de Junio de 2007